

## Estados Unidos: El país más pobre del mundo

*Koldo Campos Sagaseta*

Lo ha dicho recientemente Bill Gates, uno de sus más exitosos y genuinos representantes, de paso por la India. “Estados Unidos necesita crear leyes de inmigración que permitan la entrada en el país de gente inteligente”.

Tal parece que de la otra clase de gente ya disponen la suficiente por lo que la actual demanda enfatiza la necesidad de la inteligencia como requisito previo para que se abran las puertas del paraíso.

Imposible no recordar aquella vieja e insoportable cancioncita estadounidense que partía de lanzar vivas a la gente, esa gente que “la hay donde quiera que vas”, para concluir que “con más gente a favor de gente en cada pueblo y nación habría menos gente difícil y más gente con corazón”. La cancioncita no recomendaba que la gente inteligente emigrara a los Estados Unidos. Eso lo ha venido a reconocer ahora Bill Gates con ese jaleal ¡Viva la gente...inteligente!

Hace algunos años leí un dato que me estremeció. Hay más médicos nigerianos trabajando en Estados Unidos que en la propia Nigeria.

La verdad es que Estados Unidos necesita gente inteligente, médicos nigerianos... necesita de todo. Si es cierto, que lo es, aquel viejo pensamiento que cifra la riqueza individual o colectiva en la carencia de necesidades, Estados Unidos es, obviamente, el país más pobre del mundo. Todo lo precisa, desde nuevos y mejores diques para Nueva Orleans hasta programas de asistencia para los 40 millones de pobres que tiene en su territorio, bastantes menos de los pobres que tiene, porque también son suyos, distribuidos por todo el mundo, además de otros 46 millones de estadounidenses que, actualmente, carecen de seguro médico.

Y al margen de estas necesidades, dicen sus estadísticas que Estados Unidos necesita más consumidores, más vehículos, más drogas, más armas, más televisores, más patatas fritas, más medallas, más píldoras contra el insomnio, más petróleo, más agua, más muros, más estadísticas...

No hay país en el mundo que trague y vomite con tanta facilidad y constancia.

Necesita guionistas, anuncios...

No obstante el desarrollo de su industria cinematográfica, las últimas grandes superproducciones salidas de sus dos principales estudios, Hollywood y la Casa Blanca, con excepción de la película “Obama y el cambio”, han carecido de libretos sólidos, coherentes, originales.

Años atrás, gracias a sus habilidades para contar la historia, la propia y la ajena, John Wayne derrotó a las hordas de indios en taparrabos que amenazaban interrumpir el progreso de aquella floreciente nación... y todos lo dimos por bueno. Nada amilanó al Séptimo de Caballería que, si en ocasiones perdió la cabellera, nunca extravió los principios, exterminando a los salvajes y remitiendo a sus jefes al circo y a los manicomios... y todos aceptamos la versión. Charlton Heston, en apenas 55 días que se pasó en Pekín, además de enamorarse, sin pretenderlo, a la bella Natacha, una condesa rusa a la que diera vida y muerte Ava Gardner, todavía tuvo tiempo de organizar las defensas de todas las potencias coloniales europeas sitiadas en la capital china, protagonizar alguna que otra arriesgada misión, por supuesto, vital; derrotar todos los ataques de los maquiavélicos orientales, y asistir a una bullanguera recepción donde bailar mejor que nadie... y todos creímos la historia.

Incontables han sido las películas sobre la primera y la segunda Guerra Mundial a las que hemos asistido, siempre dotadas de sus correspondientes "macacos amarillos", "osos alemanes" y "galanes americanos", galanes parecidos a nosotros mismos, contándonos sus entrañables vidas, tan semejantes a las nuestras, mientras la banda sonora atacaba los últimos compases de la bélica epopeya.

Hace alrededor de diez años, Hollywood estrenaba una nueva película sobre la Segunda Guerra Mundial, una película de carácter histórico titulada “U-571”. La película hacía referencia a una brillante operación militar de un arriesgado comando estadounidense que logró arrebatar a los

alemanes una máquina codificadora conocida como “Enigma” gracias a la cual pudieron descifrar los mensajes enemigos y ganar la guerra. Supongo que la película fue un éxito de crítica o taquilla por más que la acción, la real, ocurrida en mayo de 1941, fuera protagonizada por un comando inglés, no estadounidense, entre otras razones porque, por ese tiempo, Estados Unidos todavía no había entrado en la guerra. Hasta Tony Blair llegó a protestar por lo que consideraba un ultraje donde sólo había un leve desajuste cronológico... pero al margen del primer ministro inglés, crédulo donde los haya... todos aceptamos la versión.

No ha sido la única. En mi archivo de afrentas recuerdo una joya cinematográfica estadounidense de la que lamento no poder aportar el título, en la que un intrépido yanqui, a falta de la corte del rey Arturo, aprovechaba unas vacaciones en la colonial Marruecos para no sólo liberar a ese pueblo del oprobio galo sino enamorar, incluso, a la hija del gran jeque alauí. No se casaban porque, obviamente, el aventurero yanqui tenía una enamorada blanca en Minnesota que esperaba su regreso, y porque la beldad mora estaba bien para que le bailara la danza de los siete velos una noche de despendole pero no para que le cocinara los “pancakes” del desayuno.

Antes de que, felizmente, los extraterrestres se hagan, por fin, presentes en nuestro planeta, ya centenares de héroes estadounidenses, a veces en pijama, disfrazados de insectos o el mismo presidente, nos han salvado de la furia alienígena tantas veces como hemos sido atacados, evitando que nos convirtiéramos en androides los que todavía no lo somos e impidiendo que los extraterrestres aprovecharan sus infernales artilugios de destrucción para secar nuestros ríos, por ejemplo, derribar nuestros bosques, tal vez, verter petróleo en el mar, abrir un agujero en la capa de ozono o cambiar el clima... y también nos lo creímos.

Nos creímos el atentado en 1898 contra el acorazado estadounidense Maine, en el puerto de La Habana, para que Estados Unidos entrara en guerra contra España; nos creímos el atentado en 1965 contra el destructor estadounidense USS Maddox, en el Golfo de Tonkin, para que Estados Unidos entrara en guerra contra Vietnam del Norte.

Nos creímos que la muerte de Omar Torrijos en Panamá al estallar su avión en pleno vuelo fue un accidente. Nos creímos que la muerte de Jaime Roldós, presidente ecuatoriano, al estallar su avión en pleno vuelo, también fue un accidente. Nos creímos la existencia de armas de destrucción masiva en manos de países que, supuestamente, no deben tenerlas... Nos lo hemos creído todo y nos lo hemos creído siempre. Claro que, no hay fe que dure cien años ni idiota que la sostenga y, ha sido tanta la confianza vencida, caducada, que cada vez son más los que pasan del cine y de la Casa Blanca.

Por ello es que ya no se puede seguir abusando de la credibilidad del mundo y es necesario que se cambie el guión, que se busquen otros argumentos para próximas películas, que se contraten nuevos guionistas capaces de superar la trama del eje del bien y el eje del mal, del blanco o negro, del estás conmigo o estás contra mí.

El propio Bush apuntó la posibilidad del cambio cuando, respondiendo a una interpelación en la Cámara de Representantes sobre sus turbios negocios en relación a empresas quebradas de las que fuera presidente, como la Harken Energy Corp. de Texas, o su semejante la Aloha Petroleum, o sus conexiones con Enron, contestó: “En las empresas, algunas veces, las cosas no son exactamente en blanco y negro cuando se trata de asuntos contables”. Juicio que, por su flexibilidad, contradice la fama de intransigente que persiguiera al presidente estadounidense que, al menos a sus cuentas, sí les disculpaba los matices.

Supermán, Batman, el soldado Lynch, Spiderman, todos los grandes héroes del cine estadounidense, no tendrían sentido sin la presencia y la amenaza de los representantes del mal, de “Lex Luthor”, de Noriega, de “El Guasón”, de Ben Laden, de Sadam, de “El Pingüino” de Al Zarkawui o “El Hombre Verde”.

Pero este simple y tonto esquema, de fuerzas del bien contra bandas del mal y que Hollywood aplica en su industria cinematográfica y la Casa Blanca en su empresa política, con el paso del tiempo y el constante reciclaje de la misma y cansina historia, ya está agotado.

Una de las últimas películas en salir al mercado, una coproducción entre Estados Unidos e Inglaterra estrenada el 10 de agosto del 2006 en los medios de comunicación de todo el mundo,

insistía en el mismo tedioso argumento. A pesar de la costosa inversión, el film “Ataque terrorista total” no aportaba nada nuevo, nada que mereciera la pena ser destacado. Después del fracaso de público que supuso su anterior producción, “Al Qaeda en Miami Beach”, insistían de nuevo en la misma fórmula a partir de un argumento pueril: Scotland Yard sigue la pista de varias células terroristas árabes que se disponen a hacer volar por los aires diez aviones ingleses en ruta a Estados Unidos, todos repletos de pasajeros, en los que los terroristas van a colocar explosivos líquidos de terrible potencia, capaces de desintegrar las naves. El día de la operación, los agentes británicos entran en acción, detienen a los terroristas y frustran su atentado brutal, terminando la película. Pésimo guión y muy discretos los efectos especiales, muy inferiores, por ejemplo, a los efectos especiales que en los mismos días del estreno, protagonizaba por la televisión el ejército israelí destruyendo Líbano y Palestina.

Ni siquiera las actuaciones, poco convincentes, paliaron la flojedad de la trama y los errores de guión en el diseño de los personajes. Blair, por ejemplo, en su papel de primer ministro británico, parecía la persona más indicada para haber dado a conocer la noticia de la detención de los terroristas, además de que ello le hubiera ayudado a ganar algunas adhesiones de cara a unas próximas elecciones. No lo hizo porque estaba de vacaciones, según se dice en la película, limitándose a informar por teléfono a Bush que, coincidentalmente, también estaba de vacaciones, al igual que cuando el desastre de Nueva Orleans, sin que ninguno de los dos interrumpiera su asueto, como hubiera exigido un guión mejor construido. Los actores que hacían de periodistas informando al mundo del diabólico plan puesto en escena, tampoco aportaban en sus secundarios papeles mayor fuerza al relato, con actuaciones previsibles y reiterativas, poco creativas. Asombra, por ejemplo, la variada y rica gestualidad que esos mismos actores demostraban en películas como “Comienza la transición en Cuba”, todavía en los medios, exhibiendo un rico surtido de muecas, sarcasmos y finas ironías dedicadas al gobierno cubano, en comparación al cretinismo que reflejaban en “Ataque terrorista total”.

Tampoco se exhibían los explosivos líquidos, ni se explicaba su modo de empleo, ni se presentaban las pruebas que se decía tener. Al principio de la película, el actor que hacía de Jefe de la Policía señalaba que ante la inminencia del atentado de consecuencias incalculables, tras meses de investigaciones, se había decidido abortar el plan e insistía en que estaban detenidos los principales responsables. Terminando el film, John Reid, en su papel de ministro, aseguraba que se encontraban en la primera fase de una investigación que podría durar meses. Sea como fuere, a la película también le faltaba un final que el argumento parecía pedir para que no se diluyera tanto la amenaza criminal. Me refiero a la presencia del actor Ben Laden, en un grabado mensaje desde algún remoto país, haciéndose responsable de la criminal conjura y amenazando con nuevos ataques terroristas. Cierto que desde su corta reaparición en la película “Bush cuatro años más”, no había vuelto a recibir ofertas para volver al mundo del cine y algunos daban ya su carrera por terminada, pero su concurso al final de este film hubiera dado pie a giros más originales y a un final más convincente.

El cine estadounidense debe introducir innovaciones que cautiven a esa otra audiencia que todavía conserva neuronas y practica el pensamiento, incluso, libre. Y el cine comienza por un buen guión. Estados Unidos necesita nuevos y mejores guionistas y pagar mejor a los que tiene.

Tal vez por ello es que la publicidad ha acudido en socorro de la industria cinematográfica y, entre ambas, han urdido el mejor spot o comercial de la historia: “Obama y el cambio”, que contó, obviamente, con un extraordinario modelo, fruto de un “casting” inmejorable. Un anuncio que se renueva todos los días aunque siga ofreciendo el mismo producto y con las mismas características.

El actual presidente estadounidense, obviamente, “is different”. Y no aludo, solamente, a su color. En apenas unos meses de gobierno ya Obama ha puesto en evidencia su personal estilo, su peculiar talante, su diferente modo de conducir los destinos de los Estados Unidos, lejos de las actitudes mostradas por sus predecesores, sentando cátedra en asignaturas como la ética, la cívica, la jurisprudencia, hasta ahora negadas a los gobiernos de ese país y que hasta le han valido a Obama el Premio Nobel de la Paz.

Afirmaba recientemente su vicepresidente, que “Israel tiene derecho soberano para decidir cómo encarar las ambiciones nucleares de Irán, esté o no de acuerdo Estados Unidos”. E insistía en entrevista para la televisión: “Israel puede decidir por sí mismo cómo encarar la amenaza de un Irán con armas nucleares... porque no podemos dictar a otra nación soberana lo que puede o no hacer cuando toma una determinación, si toma una determinación de que está existencialmente amenazado”.

Hasta en tres ocasiones llegó a hacer uso el vicepresidente estadounidense de un concepto que, hasta la fecha, había sido borrado del manual y del vocabulario de su país en materia de política exterior. “Israel tiene derecho soberano...no podemos dictar a otra nación soberana...nosotros respetamos la soberanía...”

En lo que se quita y se pone un presidente, Estados Unidos ha pasado de ser el país que, con sobrada diferencia, más soberanías invadía, a convertirse en el más escrupuloso defensor de las soberanías ajenas.

De aquel “no podemos permitir que un país se vuelva comunista por la estupidez de su pueblo”, manera en la que el ex canciller Kissinger se refería al respeto que los Estados Unidos tenían a principios de los setenta por la soberanía chilena, por ejemplo, hemos concluido, casi cuarenta años más tarde, en que no pueden inmiscuirse en las decisiones que puedan tomar otros países por el debido respeto a sus soberanías.

Es cierto que, en el pasado, Estados Unidos ha carecido, a veces, de la imprescindible sutileza a la hora de mostrar ese respeto por las soberanías de otros y que, en ocasiones, sus gobiernos se han visto obligados a contradecir su larvado principio de la no injerencia, invadiendo soberanías extrañas pero, eso sí, sólo en defensa propia y en bien de su soberanía. De hecho, para mejor y soberanamente defenderse, siempre se han defendido a domicilio.

Para poderse proteger de sus primeras amenazas Estados Unidos se anexionó Texas en 1846 y, siempre para defenderse, invadió Chile en 1891 y Hawai dos años más tarde. Para defenderse intervino en Nicaragua en 1894 y al mismo tiempo, buscando defenderse, intervino también en China y en Corea. En 1895 fue a defenderse a Panamá, en 1896 se defendió en Nicaragua. En 1898 volvió a defenderse a China, aprovechando la oportunidad para ir a la guerra preventiva en Filipinas e intervenir en Cuba y Puerto Rico, en sucesivas y múltiples defensas. Siempre para defenderse, Estados Unidos intervino en Guam en 1898, de nuevo en Nicaragua en el mismo año y en Samoa un año más tarde. En 1901 acudió a defenderse a Panamá. En 1903 se defendió en Honduras y en 1904 otra vez en Corea, para seguir defendiéndose en Honduras en 1907 y en Nicaragua en 1910. El año 1911 vio a los Estados Unidos defendiéndose nuevamente en China y en 1914 la legítima defensa fue ejercida en México y Haití. En 1916, República Dominicana fue la sede de la defensa y en 1919 Honduras y Yugoslavia. Turquía fue también blanco de la defensa de los Estados Unidos en 1922, compartiendo honores con China, dos años antes de que Honduras volviera a ser motivo de defensa que, se reeditó otra vez en El Salvador en 1932. En 1948, Estados Unidos acudió a defenderse a Filipinas, en 1950 a Puerto Rico, en 1951 a Corea y en 1953 a Irán. Guatemala fue escenario de una nueva defensa estadounidense en 1954 antes de que, frente a tantas amenazas, Estados Unidos trasladara su beligerante defensa al Líbano en 1958. En 1961 se defendió en Cuba, cuando ya empezaba a defenderse en Vietnam y cuatro años más tarde plantó su defensa en Indonesia. En 1965, fue República Dominicana la seleccionada para que Estados Unidos pudiera defenderse, honor que, en 1965 correspondió a Guatemala y en 1969 a Camboya. En 1970 se defendió en Omán, en 1971 pasó a defenderse a Laos y en 1976 se defendió en Angola. Desde 1980 y durante diez años, Estados Unidos se defendió de la amenaza sandinista de Nicaragua desde sus bases de Honduras y Costa Rica. En 1982 se defendió otra vez en Líbano, en 1983 invadió Grenada para defenderse y, para mejor defenderse de la amenaza sandinista, minó las dos costas nicaragüenses en 1984. En 1989, siempre dispuesta a defenderse, invadió Panamá. En 1991, Estados Unidos ejerció su defensa en Irak; en 1994, insistió en defenderse en Haití, en 1996 siguió defendiéndose en Zaire y en 1998 renovó su defensa en Sudán, un año antes de trasladar su defensa a Yugoslavia. El cambio de siglo sorprendió a los Estados Unidos defendiéndose en Afganistán y, acto seguido,

invadieron Irak, nuevamente, presurosos y preventivos, siempre en legítima defensa y para mayor gloria de la soberanía del mundo.

Pero los tiempos cambian y “nosotros podemos” repetía fascinada, frente a los televisores, la audiencia del cambio prometido.

Y llegó Obama y ahí están los resultados: “Israel tiene derecho soberano...no podemos dictar a otra nación soberana...nosotros respetamos la soberanía...”

Honduras ha sido la última en saberlo y celebrarlo.

Claro que, ni una golondrina hace verano ni tan excepcional acierto publicitario ha podido sobrevivir al éxito de su emisión.

Decía Perich, un extraordinario filósofo catalán al que algunos tenían por humorista, que “la prueba de que en Estados Unidos cualquiera puede ser presidente, la tenemos en su presidente”.

La última vez, sin embargo, en la que el pueblo estadounidense acudió a las urnas, no sólo votó por cualquiera sino que, incluso, eligió al candidato más elegante, en su porte y sus maneras, negro y demócrata para más señas, sorprendentemente culto, aunque nunca hubiese leído a Galeano, y con un programa de gobierno que prometía poner fin a la barbarie que le había precedido. Un candidato que, entre otras virtudes, había despertado en muchísimos sectores de la sociedad estadounidense el entusiasmo y la confianza perdida en la vida política.

Si comparásemos a Obama con cualquiera de sus antecesores, no habría nada que deliberar. No sólo era el mejor de los posibles, su talante, su pulcritud, sus gestos, su tono, su palabra, generaban simpatías, también, fuera de los Estados Unidos. Podríamos igualmente contrastar la imagen de Obama con cualquiera de los líderes europeos y tampoco en ese caso habría debate.

El problema de Obama, aunque reconozco que me cautiva su personalidad cada vez que lo veo en la televisión, sea saludando adhesiones o matando moscas, es que sus hechos contradicen sus palabras.

Cierto es que algunos de los proyectos sociales que el presidente estadounidense está tratando de implementar en su país hasta parecen progresistas y que para todos ha dispuesto de muy buenas palabras, pero frente a la histórica oportunidad que la crisis económica ponía en sus manos para haber llamado, siquiera, la atención sobre la necesidad de reinventar la vida, de un imprescindible cambio de rumbo, prefirió acudir en rescate de la banca y de la industria del automóvil y de cualquier fuga de aire que importune el orden y el mercado.

Cierto es que prometió cerrar el campo de exterminio de Guantánamo, pero ahí siguen, todavía penando sus culpas a la espera de una justa reparación, los cientos de presos secuestrados a los que ahora se propone repartir por el resto del mundo.

Cierto es que condenó la tortura en los términos más concluyentes, pero concluyente fue, también, cuando desistió de llevar a la justicia a los responsables de la execrable tortura que tanto le había conmovido.

Cierto que habla constantemente de diálogo y de paz, pero no ha dejado de hacer la guerra; que habla de la necesidad de respetar las soberanías ajenas, pero no aclara cuales son las propias; que habla de la urgencia de reconducir sus relaciones con Cuba, pero no levanta el embargo y sigue manteniendo presos a los cinco patriotas cubanos; que habla de respetar la constitucionalidad de cada país, pero su gobierno y sus administrados persisten en alentar golpes de Estado o destituciones y renuncias forzadas.

Cierto que habla de nuevos tiempos, pero al frente de la administración estadounidense siguen estando viejos conocidos de todos y no, precisamente, para bien.

Obama lleva muchos meses hablando y aún no encuentra el día para hacer.

Obama, al fin y al cabo, sólo es el presidente de los Estados Unidos, el funcionario que mantienen al frente de la Casa Blanca los que nunca pasan por las urnas pero siempre detentan el poder.

Obama sólo es el relacionador público, con rango y sueldo de presidente, de la empresa que tiene asiento detrás del trono. Obama sólo es eso, el hombre del anuncio, un hombre que, desgraciadamente, no va a paliar siquiera las múltiples carencias y necesidades de los Estados Unidos que no terminan en esa insatisfecha necesidad de cambios, de renovadas defensas, de guionistas y nuevas producciones y anuncios publicitarios. Estados Unidos también precisa más

cárceles clandestinas, más sodas, más teléfonos, más sectas, más rascacielos, más estrellas, más analgésicos, más récords, más ordenadores, más moscas...

Necesita eufemismos...

Uno de los aspectos que mejor delata la inmoralidad de quienes rigen los destinos del mundo y que, como el nuevo Nobel de la Paz, representa a quienes más enarbolan la violencia como conducta, la tortura como terapia, el crimen como oficio y la guerra como negocio, es el nutrido y generoso inventario de eufemismos con que buscan ocultar los muertos y miserias que provocan su mercado y maneras. Consumen eufemismos con tal voracidad que nunca van a dejar de necesitarlos. Cuando el capitalismo agotó sus coartadas y comenzó a mostrar, incluso, a los ciegos, sus repugnantes entrañas, le cambiaron el nombre y pasó a conocerse como “globalización”. Definen como “macroeconomía” al arte de producir microciudadanos; “desarrollo sostenido y sustentable” a la acelerada destrucción del planeta; y progreso a la hambruna y desgracia general.

“Daños colaterales” llaman a la relación de personas asesinadas en sus múltiples misiones de reconstrucción y paz, cuando los bombardeos, presuntamente, resultan errados. “Objetivos alcanzados” llaman a la nómina de personas asesinadas en sus múltiples “guerras humanitarias”, cuando sus bombardeos, supuestamente, aciertan con el blanco. Y no importa que los daños colaterales tengan muñones y los objetivos alcanzados guarden memoria, se puede matar en nombre de la vida y hacer la guerra en nombre de la paz.

La CIA suprimió hace más de 30 años de sus documentos y manuales de trabajo la palabra asesinato por la menos molesta “neutralización”.

Llaman “guerras preventivas” a sus sangrientas incursiones militares al margen de cualquier derecho y orden internacional.

Llaman “bombardeos de rutina” a la metódica destrucción de vidas y bienes ajenos sí, por ejemplo, un presidente que pierde popularidad por haber sido sorprendido en “relaciones impropias” con becarias ajenas necesita con urgencia un repunte estadístico que confirme su recuperación. En ese sentido, pocas acciones son tan productivas como un bombardeo de rutina sobre Irak.

Obviamente, la comunidad internacional, otro eufemismo más para designar a los Estados Unidos y a los cómplices que lo secundan, siempre ha de velar porque “la respuesta sea proporcionada”, eufemismo que sugiere la posibilidad de dejar a alguien con vida.

Los valientes talibanes que defendieron su patria de la grosera invasión soviética y que fueron bautizados por el presidente estadounidense Reagan como “paladines de la libertad”, una guerra más lejos y un presidente más tarde, por los mismos motivos, fueron calificados como sangrientos y fanáticos terroristas que matan por matar. El mismo eufemismo que siguió usando Estados Unidos para celebrar a sus hordas terroristas a ambos lados de la Nicaragua sandinista.

Los mercenarios de Blackwater, empresa de la que se sirve Estados Unidos para privatizar su ejército y sus guerras, no son mercenarios sino “contratistas civiles de seguridad”, así lo acaba de determinar, razón para absolverlos, el magistrado que juzgaba a unos cuantos de estos “contratistas” por torturar, violar y asesinar a 14 civiles iraquíes.

Posada Carriles, uno de los responsables, entre otros crímenes, de la voladura de un avión cubano en el que murieron 73 personas, casi todas deportistas, para muchos medios de comunicación y agencias, es un partisano anticastrista, o un disidente cubano.

Louis Caldera, secretario técnico de los Estados Unidos, tras verse obligado a cerrar hace diez años la Escuela de las Américas para abrir en su lugar el Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación de Seguridad, eufemismo con el que se sigue conociendo la factoría de dictadores que Estados Unidos tiene para su “región” y que Robert McNamara, ex ministro de Defensa, recientemente fallecido, aplaudiera en el pasado por su papel como “forjadora de los líderes del futuro”, alegó en defensa del cuestionado historial de los graduandos de la escuela que, lamentablemente, entre tantos eméritos combatientes por la causa de la democracia en el mundo... “siempre se cuelean algunos granujas”, o lo que es lo mismo, si me atengo a los sinónimos que ofrece el diccionario, que Pinochet fue un pilluelo y el mayor salvadoreño D’Abuisson un pícaro.

Paul Wolfowitz, uno de los grandes estrategas militares con quien todas las administraciones estadounidenses contaron en el Pentágono y nombrado, como recompensa a su larga y exitosa carrera, presidente del “Banco Mundial”, eufemismo que ampara el mayor cartel de usura y chantaje que existe en el mundo junto al conocido como Fondo Monetario Internacional, nunca habló de terroristas o demonios o fanáticos asesinos. Para él eran “competidores emergentes” a los que había que frenar antes de que emergieran. Y ni siquiera cuando se vio envuelto en un vulgar folletín en el que no faltó una amante, una amiga celosa, una ambiciosa secretaria, un amoroso aumento de sueldo y un beso en un motel, ni siquiera entonces dejó de ver “competidores emergentes”. Tampoco cuando un imperdonable olvido mostró al mundo sus agujereados calcetines y acabó renunciando.

Rumsfeld, ex secretario de Defensa estadounidense, llamaba “técnicas de investigación” a las más brutales torturas ejecutadas durante su mandato. El fue responsable, con el respaldo de su presidente y su gobierno, de extender a Iraq el llamado “Programa de Acceso Especial”, manual sobre tortura del que la cárcel de Abu Graib o Guantánamo fueron dos de sus más conocidas expresiones. El problema, lo reconocía el propio Rumsfeld cuando afirmaba: “la libertad es desordenada y la gente puede cometer errores, y cometer crímenes y hacer cosas que están mal... porque esas cosas pasan”. George Bush acabó reconociendo que, tal vez, pudieron darse “algunos excesos o arbitrariedades” cometidas por “unos pocos reservistas”. En cualquier caso, se ocupó de justificar el desprecio de su gobierno por la Convención de Ginebra dado que los torturados no eran prisioneros de guerra sino “combatientes enemigos”.

Necesita prestidigitadores...

Y además de eufemismos Estados Unidos también necesita más prestidigitadores.

El caso de Ben Laden es, sin lugar a dudas, el que mejor expresa esas carencias. Sus primeras apariciones en los medios de comunicación, hace ya bastantes años, lo significaban como un paladín de la libertad enfrentado al imperialismo soviético en Afganistán. En aquel entonces, el Ben que se convertiría en Bin, a sueldo de la CIA, era parte distinguida, todavía, de la muy ilustre familia Laden, íntima de los Bush y con notables y millonarios negocios en Estados Unidos. Pero el Bin, que entonces era Ben, tras la retirada de los soviéticos de Afganistán, enfiló sus enojos hacia quienes lo armaran, celebrando el derrumbe de las Torres Gemelas y amenazando con nuevas represalias. Poco antes había muerto en extraño accidente aéreo ocurrido en Estados Unidos un hermano suyo y socio del presidente George W. Bush y es sabido que, con el espacio aéreo estadounidense cerrado inmediatamente ocurriera el ataque del 11 de septiembre, un avión cargado con los Laden abandonó Estados Unidos rumbo a Arabia Saudita, país del que procedían la casi totalidad de los implicados en los atentados.

Con la invasión estadounidense a Afganistán, la presencia de Ben Laden, ya convertido en Bin, se hizo tan habitual en los medios de comunicación como las crónicas bursátiles. Todos las mañanas, el Bin que fuera Ben recorría en caravana de camellos el desierto afgano junto a sus esposas e hijos, eludiendo los bombardeos, antes de refugiarse en Kandahar, de donde el Bin que fuera Ben lograba escapar disfrazado de mulá, en una guerra que no era guerra y en la que murieron más periodistas que marines. Para la noche, ya el Ben transformado en Bin buscaba protección en las montañas de Tora Bora para reaparecer horas más tarde en Pakistán y terminar el día, el Bin que fuera Ben, entrando en una fábrica de explosivos de Sudán que no era fábrica. Dentro de un mismo informativo, el Bin-Ben era descubierto orando en una mezquita de Somalia y, al mismo tiempo, vendiendo heroína al por mayor en un mercado de Kabul. Y entre sus fugaces y permanentes incursiones aquí y allá, el Ben-Bin, localizado en todas las ciudades y sin que apareciera en ninguna, todavía tenía tiempo para grabar algunos videoclips cargados de amenazas en las montañas filipinas y en el desierto marroquí. Sólo en Cuba y en Iraq, por alguna inexplicable falla de los servicios de fabulación, no se reportó la presencia del famoso fugitivo, lo que no fue obstáculo para que fuera Iraq, precisamente, la siguiente nación invadida so pretexto de unas armas que nunca aparecieron, y de una complicidad que jamás se demostró. Acaso porque tanto el Ben como el Bin ya estaban muertos, de emitir todos los días sus proféticas y televisadas amenazas pasó al más

absoluto ostracismo durante años hasta que, curiosamente, tres días antes de un envite electoral estadounidense, el Bin y el Ben, suerte de Big Bang, reaparecieron profiriendo más y nuevas amenazas para convencer a los indecisos votantes de la necesidad de que George W. Bush se reeligiera sin necesidad de fraude electoral alguno.

Y para no ser menos, también Obama está disfrutando de los beneficios de la prestidigitación de que gozara Bush, sacándose del sombrero en estos días una nueva sucursal de Al Qaeda en Yemen y otro nuevo país que integrar en el eje del mal. Todo a cuenta de un frustrado atentado, tan extraño como ridículo que, de momento y a su cargo, está permitiendo en Estados Unidos y Europa la adopción de más represivos controles a quienes todavía se aventuren a viajar en avión.

Necesita ventrílocuos, oráculos, pitonisas...

La necesidad de prestidigitadores aparece con frecuencia acompañada de otra no menos importante: ventrílocuos.

“Tenemos que ser fuertes”, repetía George Bush a su parlamento y a sus ciudadanos, urgido de más tiempo y más recursos.

“Estados Unidos es débil”, le secundaba de inmediato Ben Laden, luego de tres años de silencio.

Como si fuera un espectro del pasado al que se invoca, el eco respondía a la llamada de su voz y volvía Ben Laden a dejar oír su oportuna amenaza para que si alguien dudaba, todavía, en Estados Unidos, de la necesidad de ser más fuertes, confirmara a través de su más aliado enemigo lo vulnerables que eran y son.

Extraña la complementaria coincidencia entre Bush y Ben. Siempre a la voz le sucedía el eco para reiterar el mismo mensaje. La penúltima vez que coincidieron faltaban horas para que fueran a las urnas los estadounidenses y, como es costumbre, el encuentro sirvió para que ambos se restituyeran la credibilidad que habían perdido, uno como presidente amenazado; el otro, como difunto que amenaza. Tres años más tarde volvía la casualidad a entremezclar sus discursos. Cuando más solo comenzaba a quedarse Bush en su demanda de obtener más recursos y tiempo para seguir arrasando Iraq, Ben Laden reaparecía secundando al presidente.

“Necesitamos ser más fuertes” decía la voz. “Son vulnerables” repetía el eco.

En cualquier caso, bien hacía Ben Laden en no extralimitarse en sus apariciones, en seguir cultivando en sus mensajes la brevedad como virtud por más que nunca tan pocas palabras sirvieran para tantas y caras deducciones, porque es tal la falta de ventrílocuos que tienen los Estados Unidos que hay que sacar el máximo provecho a los ecos de los que aún disponen.

Estados Unidos también precisa oráculos y pitonisas. Incontables han sido los fracasos de sus funcionarios empeñados en anticipar el futuro. A finales del siglo pasado, el portavoz del departamento de Estado, James Foley, con su habitual clarividencia, llegó a afirmar en rueda de prensa que el fin de Cuba era cuestión de tiempo. Antes que él, Eisenhower también lo aseguró. Y después de “Ike”, John Kennedy se atrevió, igualmente, a vislumbrar el fin de Cuba en manos del tiempo, el mismo tiempo que se llevó a los tres. Después fue Jhonson quien volvió a recurrir al tiempo para explicar el inminente desenlace de la Cuba revolucionaria y tras llevarse el tiempo a Jhonson llegó Nixon con las mismas pretensiones y resultados. Tomó el turno Ford y, como sus agoreros predecesores, también confió al tiempo el final de Fidel. Y tras Ford, Carter apeló a la misma esperanza con el mismo éxito. Ronald Reagan, más decidido que nadie a ayudar al tiempo en su misión de acabar con Cuba, vio frustrados sus intentos y tuvo que darle paso a George Bush quien, a su vez, le abrió la puerta a Clinton para que éste cediera el turno a George W. Bush, todos con la misma socorrida visión de que el tiempo haría caer, como fruta madura, a Cuba de su sueño. Ha llegado Obama y, como si fuera imposible modificar las predicciones de los oráculos, sigue confiándose al tiempo el seguro fin de Cuba. Lo que no se entiende es porqué si sólo era cuestión de tiempo ha habido que promover invasiones, volar aviones comerciales, poner bombas en hoteles, atacar contra Fidel, sabotear cultivos, diseminar virus y enfermedades, aislar a Cuba, bloquearla, calumniarla, acosarla, amenazarla...

La suerte del planeta, gravemente afectado de mercado y capital, también es cuestión de tiempo, pero constatar su deterioro no parece estar al alcance de ningún adivino. Estados Unidos necesita más y nuevos oráculos y pitonisas. Y es que las carencias de los Estados Unidos son incontables.

Necesita mapas, disculpas...

Hasta mapas necesita. La embajada china en Belgrado, por ejemplo, bombardeada por la OTAN durante la guerra humanitaria en los Balcanes, fue reducida a escombros porque los pilotos no tenían mapas actualizados. Un año antes, un teleférico se desprendía en los Alpes italianos con una veintena de alpinistas al ser cortados los cables por un avión militar estadounidense que acostumbraba a hacer acrobacias aéreas alrededor del cable de un teleférico. Según confesó el piloto para consuelo de los muertos, el teleférico no estaba en su mapa. Meses más tarde fue bombardeado un puesto de control en Vieques, Puerto Rico, por otro piloto estadounidense durante unos ejercicios militares, muriendo un isleño. El piloto del bombardero reconoció no disponer de un mapa en el que se identificara el puesto destruido ni al boricua. Y casi al mismo tiempo, en el Mar de Japón, un submarino nuclear estadounidense emergía, de improviso, y se llevaba por delante a un barquito escuela japonés, con su tripulación y una docena de estudiantes. El barquito tampoco aparecía en el mapa.

Así sea por la falta de mapas o de juicio, los constantes errores perpetrados por Estados Unidos ya amenazan agotar hasta sus bien surtidos almacenes de disculpas.

Bill Clinton ha pasado a la historia por sostener relaciones impropias con becarias ajenas cuando bien pudo haber trascendido por ser el presidente en la historia de la humanidad que más ha prodigado las disculpas.

Clinton pidió perdón públicamente por haber mentido al país en su romance con la Lewinsky y por la citada impropia relación. Se disculpó también por los sucesivos errores en que incurrió Estados Unidos y que condenaron a los pueblos indígenas de Norteamérica a degradarse o a desaparecer. Pidió perdón y ofreció nuevas disculpas por el apoyo que prestara su país al régimen racista sudafricano. Se disculpó por el respaldo ofrecido a Pinochet, a Duvalier, a Trujillo, a Ríos Mont, a Batista, a Somoza, a Stroerner, a D'abuisson y a otros muchos criminales al servicio de los Estados Unidos en América, como los generales que presidieron las sucesivas dictaduras militares argentinas por las que, igualmente, pidió disculpas. Lamentó los errores cometidos por los marines en Vietnam y matanzas como la de My Lay, aldea en la que los luchadores de la democracia inmunizaron a los residentes contra el peligro comunista achicharrando con fuego purificador sus dudas y sus vidas.

Se excusó por el error cometido por su país durante la Segunda Guerra Mundial al canjear presos estadounidenses en manos de los japoneses por ciudadanos peruanos secuestrados por el ejército estadounidense a los que hicieron pasar por prisioneros nipones. Pidió perdón y calificó como error el apoyo dado en el pasado a hombres de la entera confianza de su país, como Noriega y Sadan Hussein. Lamentó el bombardeo sobre el manicomio de Grenada, en el Caribe, cuando invadieron esa diminuta isla y, parafraseando a Pablo Neruda, convirtieron a los locos vivos en los cuerdos muertos. También se disculpó por los miles de muertos que dejaron los bombardeos de su país en el barrio panameño de Los Chorrillos cuando acudieron a detener a Noriega. Volvió a reiterar sus disculpas por los numerosos errores que sus tropas y las de la OTAN, que vienen a ser las mismas, cometieron en Serbia y en Kosovo bombardeando trenes de pasajeros, embajadas chinas o, incluso, refugiados kosovares.

George W. Bush ni siquiera esperó a ser presidente para iniciar su catarsis de disculpas y, ya como candidato, pidió público perdón por sus reconocidas experiencias con las drogas, sobre todo el alcohol y la cocaína, según declaraba, "cuando era joven e irresponsable", curioso atributo, por cierto, el que Bush confería a la juventud.

Atributo que, tampoco descarto se haya visto reforzado con los impropios errores, que diría Clinton, de sus adolescentes y bebedoras hijas y por las que George W. Bush también tuvo que pedir algo más que disculpas.

Con apenas horas de haber sido elegido presidente ya estaba el hombre pidiendo perdón por haber confundido un país con otro y no saberse el nombre del presidente

paquistaní con quien se entrevistaría esa misma tarde. En esos mismos días volvería a pedir disculpas por un error de bulto en la misma Casa Blanca, al pensar cerrados los micrófonos que estaban abiertos. Mal momento el que eligió para llamar “pedazo de sica, y no de cualquier sica sino de una “sica de primera”, a un periodista que, tal vez fuera una sica, pero no era sordo.

Su última disculpa fue aceptar, antes de irse, que la guerra de Iraq no había terminado a pesar que él había declarado el fin de la guerra, precisamente, el mismo día en que comenzaba. De una guerra que ostenta entre otros récords el de ser la que más vidas de periodistas se han cobrado los errores de los marines. Entre ellos, el periodista español Couso, fusilado a obuses por un tanque estadounidense, junto a otro informador, en lo que la Audiencia Nacional Española calificó de “error habitual en toda guerra” y para el que sólo caben las disculpas.

Son tantos los errores cometidos por los infantes y sus gobiernos, así vayan o no acompañados de disculpas, que hasta podrían agruparse por temas. Por ejemplo, el de los errores y disculpas con las bodas.

Primero fue un enlace matrimonial interrumpido en Belgrado cuando, no conformes, tal vez, con que los invitados lanzaran comunes granos de arroz a los novios, aviones estadounidenses contribuyeron a las nupcias con un misil, convirtiendo la boda en un entierro. Más tarde fue en Afganistán, donde un error en la información, confundió una boda local con un mitin, siendo bombardeado el matrimonio y muriendo los contrayentes, el religioso y trece invitados. Más recientemente la boda masacrada fue en Iraq donde los aviones estadounidenses mataron a 40 personas, incluyendo novios, padrinos, testigos y asistentes. Recientemente, otra boda afgana era bombardeada por un avión no tripulado arruinando las promesas de amor eterno.

Semejante apego a las disculpas ha tenido, sin embargo, alguna que otra excepción como la vivida en julio del 2001, cuando un avión espía de Estados Unidos, en misión de espionaje, dotado de sofisticados equipos para espiar, pero conducido, gracias a los medios de comunicación y a los citados eufemismos, por “personas”, “tripulantes”, “militares” y (más tarde) “rehenes”, en ningún caso espías, fue obligado a aterrizar en China, tras un “incidente” aéreo que le costó la vida a un piloto de ese país. Para la entrega de quienes los medios llamaban “pilotos”, “miembros” y “oficiales”, jamás espías, el gobierno de China sólo exigió una cosa: disculpas.

Y tardaron las disculpas, casi tanto como la entrega de los espías, aunque se acabaron dando.

Y Obama no se está quedando atrás a la hora de pedir disculpas. Ya como candidato pidió disculpas a dos mujeres musulmanas a las que se prohibió fotografiarse con él por llevar hiyab; después pediría disculpas a los discapacitados por bromear sobre su puntaje en el salón de boliche que tiene en la Casa Blanca; se disculparía con los estadounidenses de bajos ingresos a los que llamó “amargados”; y pidió disculpas, al mismo tiempo, por la detención de un profesor negro de Harvard y por calificar como estúpida la detención. También pidió disculpas porque su Air Force One, con él a bordo, sobrevolara a baja altura Manhattan causando el pánico entre la población. A los cinco meses de mandato, con el respaldo del Senado, Obama pidió disculpas a los negros por los siglos de esclavitud padecida y, más recientemente, insistía en sus disculpas por los errores antiterroristas en los controles de seguridad.

Hace apenas un mes el FBI pedía disculpas por usar el rostro de un político español como retrato robot de Ben Laden, mientras la casa Blanca se disculpaba por llamar “retrasados” a grupos liberales.

Estados unidos debiera establecer cuanto antes, y es otra imperiosa necesidad, una Secretaría de Estado de Disculpas, porque son tantas y tan repetidas las disculpas que debe estar concediendo por todas partes del mundo a causa de sus constantes desafueros, que sólo institucionalizándolas va a poder darles curso a todas las habidas y las pendientes.

Errar puede ser un derecho pero nunca un oficio y, temo, que el único error del presidente Clinton lo cometió su madre. El problema es que hay otras muchas madres implicadas alumbrando para la historia más y nuevos errores.

Errores, por cierto, que para ser reconocidos deben, inexorablemente, aportar a su desatino su condición de pasado. Ahora, por ejemplo, es tiempo de lamentar los cientos de miles de muertos que dejaron hace más de medio siglo las únicas bombas nucleares lanzadas contra la población civil en la historia de la humanidad. Todavía sigue muriendo gente como consecuencia del más abominable y cruento genocidio y, lo que se dice “disculpas”, aún se hacen esperar, pero mañana, Obama, puede sin reparos ofrecerlas, que nada va a pasar. Al futuro se subordina el reconocimiento de las culpas y disculpas, que hoy se niegan.

La CIA pedía perdón en estos días por haber dado la orden en el 2001 a la Fuerza Aérea Peruana de derribar una avioneta cargada de narcotraficantes sobre la selva del país andino. Resultó que en la avioneta viajaba una familia misionera estadounidense, muriendo Verónica Bowers y una bebé, hija suya. Tras nueve años de mentiras y silencios, finalmente la CIA pide disculpas por su error.

Sólo el paso de un tiempo prudente puede abrir archivos y disculpas.

Mientras tanto, la culpa es de las vacas que enloquecen, de las aves con gripe, de la gripe porcina o alfabeta, de los veleidosos cambios del clima. La culpa la tienen las fluctuaciones de la bolsa o su desplome, el precio del petróleo, la crisis del ladrillo. La culpa es de los celos y de las carreteras. La culpa siempre es del enemigo y el enemigo somos los demás.

Necesita educación y educadores...

El problema de la falta de culpas y de mapas, de su secuela de errores, podría subsanarse si el mundo, cuanto antes, en pública colecta, recogiera y donara a Estados Unidos los mapas necesarios, o nos decidiéramos los ciudadanos a instalarnos luces intermitentes en la cabeza advirtiendo nuestra ubicación a cualquiera de sus aviones y satélites pero, a pesar de ello, tendríamos entonces que enfrentar las lagunas académicas, tan públicas como notorias, que afectan a millones de bachilleres y universitarios estadounidenses, no siempre conformes con que Argentina no haga frontera con Italia o Madrid no sea puerto de mar.

Para la mayoría de los estadounidenses, hayan pasado o no por las aulas, el mundo se circunscribe a ellos. De Río Grande para abajo no hay nada, sólo indígenas subdesarrollados sin otro afán en la vida que eludir sus controles y fronteras para poder disfrutar del genuino sabor americano, de su “american life of way”. Por eso es que Montevideo es una provincia española, y los vascos, también llamados checoslovacos, una tribu del norte de África.

Aunque se subsanase la carencia de mapas, ese vacío académico podría resultar catastrófico. Hablamos de otra de las necesidades que tiene planteada la sociedad estadounidense: educación y educadores.

La escuela estadounidense ha alcanzado fama universal, además de por las matanzas protagonizadas por sus escolares, también por sus profesores, por el empeño mostrado por sus escuelas y universidades en que sus alumnos lean. Tan saludable interés, sin embargo, no parece haber sido abordado de la mejor manera y los lectores habituales de prensa hemos conocido las variadas apuestas que cientos de profesores han cruzado y han perdido con sus alumnos en el logro de tan loable fin. El último caso que recuerdo fue el de la directora de una escuela de California que tuvo que sumergirse en una piscina llena de gelatina. La noticia venía acompañada de una fotografía de la maestra, Luciene Wong, flotando en la piscina ante la carcajada general de sus alumnos que sí leyeron el millón y medio de páginas apostadas. Poco antes, el director de otro centro escolar permaneció 24 horas colgado del techo de su escuela por perder una apuesta semejante y, en otro centro, un profesor de literatura se empapeló de los pies a la cabeza (con excepción de ojos, nariz y boca) por haber sido capaces sus alumnos de leerse algunos miles de kilos de libros.

Pareciera más sensato, en el peor de los casos, leer un único libro al año, pero leerlo bien, disfrutándolo, saboreándolo, volviéndolo a leer, que batir el récord de la escuela en millones de páginas consumidas o en kilos de libros digeridos, pero algo que caracteriza a la sociedad estadounidense es la velocidad y el espectáculo, y ni siquiera la literatura puede salvarse de los Guinnes.

Estados Unidos, en su interminable lista de necesidades, precisa más pavos, más torturadores, más aplausos, más hormonas, más dólares, más gimnasios, más Oscars...

Necesita cartones...

No hace mucho tiempo leía que en un barrio de Chicago un pobre había apuñalado a otro en disputa por unos cartones con los que arroparse para dormir. No entendía cómo podían enfrentarse por unas cajas de cartón, a no ser que también escasearan. Casi al mismo tiempo se supo que la NASA había perdido ¡700! cajas de cartón con las cintas originales del alunizaje. Y no es este el único despilfarro de cajas. Durante la administración Clinton, sólo el fiscal Starr acaparó medio centenar de cajas conteniendo las pruebas de la “impropia relación” del presidente con la becaria, incluyendo una caja con el vestido en el que aparecía la mancha de semen. Y es en cajas de cartón que se archivan buena parte de los secretos clasificados, informes confidenciales y demás documentos que, para bien de sus ciudadanos, su gobierno les oculta y calla. Todo lo cual explica que no haya cajas, simples cajas de cartón.

Hacer un inventario de las carencias de la sociedad estadounidense nos llevaría, probablemente, más horas de las que uno dispone y, en cualquier caso, hacérselo saber es posible que tampoco ayude a resolver el problema porque, muy probablemente, nuestras sugerencias, acabarían siendo archivadas en más cajas de cartón.

Lo cierto es que Estados Unidos necesita más medidas proteccionistas, más luces de neón, más sanwichs, más penas de muerte, más mitos, más coca-colas...

Necesita psiquiatras...

Lo confirmé ayer en que leo que “el ejército estadounidense necesita más psicólogos especializados en alcoholismo por el creciente impacto de este desorden mental entre los soldados”. Lo aseguraba el segundo jefe de la unidad armada, general Peter Chiarelli. Según datos del Pentágono, sólo en el 2009, casi diez mil soldados estadounidenses fueron diagnosticados como alcohólicos, cifra que representa un 56% más que un estudio realizado seis años antes. Chiarelli precisó que actualmente 16 mil 388 militares necesitan algún tipo de tratamiento clínico, pero el Ejército carece de medios suficientes para tratarlos.

Y los necesita con carácter de urgencia y no sólo para tratar a sus soldados. Estados Unidos necesita psiquiatras

que ayuden a sus ciudadanos a superar psicopatías y paranoias diversas.

La paranoia, por ejemplo, creada en la sociedad estadounidense, cuyas conversaciones telefónicas son grabadas, sus mensajes electrónicos registrados, sus correos revisados, sus vidas controladas y que, en defensa propia, se vigila y se delata a sí misma, para evitar que alguien llegue de afuera a escucharles sus conversaciones, registrar sus correos o imponerles la censura.

La guerra como prevención de la guerra es, sin duda, el más avanzado soporte conceptual de la obsesión por defenderse. Y se aplica tanto a nivel nacional como internacional.

La autorización en el Estado de La Florida para que cualquier ciudadano armado que se sienta amenazado pueda abrir fuego, en plena calle, contra el motivo de su alarma, si no es una medida demencial, se le parece mucho, se le parece tanto como se parecen los dos hermanos Bush, el ex presidente y el gobernador, el del whisky con hielo y el del whisky con soda, George y Jeb, los dos engendros de estas y otras medidas semejantes.

George Bush y su gobierno decidieron y aprobaron que el ejército de Estados Unidos tenía derecho a disparar sobre cualquier nación que amenazara su seguridad, su paz y su progreso. Jeb Bush y su gobernación decidieron y aprobaron que la ciudadanía de La Florida tenía derecho a disparar sobre cualquier individuo que amenace su seguridad, su paz y su progreso.

De igual forma que la sospecha de armas de destrucción masiva en manos de un país árabe puede servir de excusa para desencadenar una guerra "preventiva" de los marines que destruya esa amenaza, la sospecha de una pistola en manos de un negro puede servir de pretexto para desencadenar una balacera "preventiva" de los ciudadanos de bien que elimine ese peligro. Y poco va a importar después que el país árabe no tuviera armas o que el ciudadano negro fuera a sacar su billetera del bolsillo (ejemplo tomado de la vida real). Jeb Bush aplica a nivel local, la misma criminal política de defensa que su hermano implementó a nivel internacional.

Si los profesionales marines en Iraq no son capaces de distinguir a un periodista español asomado al balcón de un hotel, de un combatiente iraquí debajo de un árbol; si no son capaces de distinguir a una periodista italiana en un automóvil de un combatiente suicida a bordo de un tanque, ¿cómo vamos a exigirle un mayor discernimiento a un ciudadano común de La Florida cuando confunda a su vecino con un atracador, o a una venerable anciana que pasea su perro pequinés por un parque, con un fanático fedayín que arrastra su cohete chino por la acera?

Es tan grave esa obsesión por defenderse que, en ocasiones, puede conducir a otra enfermedad no menos insólita y peligrosa para el resto de los humanos, su fobia contra cierta clase de extranjeros en el entendido de que amenazas y atentados sólo pueden llegarles del espacio o del llamado tercer mundo que, casi viene a ser lo mismo. Lo piensa la sociedad con más etnias, que compra más de la mitad de los 8 millones de armas que se fabrican anualmente en el mundo y en la que, según sus propios datos, hay 90 armas por cada cien ciudadanos.

Necesita más formularios verdes...

No descarto que la carencia que tiene esa sociedad en sus aduanas de formularios realmente eficaces para poder descubrir terroristas sea una de las causas que mejor explica su insania mental. Los famosos formularios verdes que aplicar a los extranjeros que llegan a los Estados Unidos con preguntas tan sutiles como: "¿Es usted terrorista? ¿Trae armas o explosivos en su equipaje? ¿Tiene previsto atacar contra nuestro presidente?", no parece que hayan dado buenos resultados.

Curiosamente, la historia de Estados Unidos, que cuenta con el récord de más presidentes asesinados, nunca ha registrado un magnicidio cometido por un latino, musulmán o ciudadano "tercermundista". Ni siquiera sus presidentes han sido asesinados por organizaciones criminales como Kaos, Fu-Man-Chú o Al Qaeda, verdadero prodigio como multinacional del terror con sucursales en todo el mundo, que pasó de la nada al infinito en apenas unos meses de gestión en los medios de comunicación. Los presidentes estadounidenses siempre han sido asesinados por "hombres perturbados que actuaban solos y al servicio de nadie".

Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos, fue asesinado en 1865 por John Wilkes, un "hombre perturbado, que actuaba solo, al servicio de nadie".

James Garfield, presidente de los Estados Unidos, fue asesinado en 1881 por Charles Guiteau, un "hombre perturbado, que actuaba solo, al servicio de nadie".

William McKinley, presidente de los Estados Unidos, fue asesinado en 1901 por León Czolgosz, un "hombre perturbado, que actuaba solo, al servicio de nadie". John F. Kennedy, presidente de los Estados Unidos, fue asesinado en 1963 por Harvey Oswald, un "hombre perturbado que actuaba solo, al servicio de nadie".

Otros presidentes, como Andrew Jackson en 1835; Franklin Delano Roosevelt, en 1933; Harry Truman, en 1950; Gerald Ford, en 1975; y Ronald Reagan en 1981, sobrevivieron a atentados contra sus vidas, siempre a manos de "hombres perturbados, que actuaban solos, al servicio de nadie".

Políticos como Robert Kennedy, líderes como Martin L. King, artistas como John Lennon, fueron asesinados por "hombres perturbados, que actuaban solos, al servicio de nadie".

Estados Unidos, porque no todo han de ser carencias, dispone del mayor arsenal en la historia de la humanidad de "asesinos perturbados, que actúan solos y al servicio de nadie". El caso más llamativo es, sin duda, el de John Kennedy, magnicidio que, todavía se insiste, fue cometido por un único "perturbado", autor de tres disparos en un tiempo imposible que, en insólita trayectoria, mataron a un presidente e hirieron a tres personas. Ningún expediente de un país "tercermundista", ni proponiéndoselo, podría dar cabida a tal cúmulo de irracionales disparates, pruebas desaparecidas, testigos muertos, testimonios silenciados, informes perdidos y demás turbias manipulaciones, como el que todavía pasa por informe oficial en relación a lo que fue un golpe de Estado. Hasta el año 2029 no se desclasificarán todos los documentos secretos en poder de las autoridades de los Estados Unidos y que no se permite sean conocidos por el pueblo norteamericano, supuestamente, el mejor informado y con más derechos del mundo. Habrán pasado 66 años (curiosa cifra) cuando, si así lo considera el gobierno de Estados Unidos y su afamada

justicia, se conozca quien o quienes estaban detrás del "perturbado, que actuaba solo, al servicio de nadie".

El militar estadounidense Thimoty McVeigh, de anglosajón nombre y apellido, blanco para más señas y condecorado tras la primera guerra de Iraq, el mismo que voló por los aires el edificio federal de Oklahoma provocando centenares de muertos, era también un "hombre perturbado, que actuaba solo, al servicio de nadie".

Eric Robert Rudolph, veterano del Ejército de Estados Unidos, autor de la bomba en Atlanta en 1966 que provocara un muerto y más de un centenar de heridos, responsable también de otro atentado con bomba en 1998 contra una clínica que realizaba abortos en Alabama y en el que un policía resultó muerto, y autor de otros atentados con bomba contra clubs frecuentados por homosexuales y oficinas públicas, también era "un hombre perturbado que actuaba solo y al servicio de nadie".

Jeff Weise, estudiante estadounidense de diecisiete años, antes de seguir el ejemplo de su padre y suicidarse, se llevó por delante a diez escolares. Weise, quien al parecer era constantemente vejado y hostigado en la escuela, admiraba a Hitler "y su coraje para ir a la conquista de las grandes naciones", admiración sin duda preocupante cuando ocupa la Casa Blanca quien también se afana en ir a la conquista de las otras naciones. Pero al margen de estos detalles, oportuno es resaltar que no se llamaba Bin, ni Ben, ni Ho-Yan-Chu, ni Mohamed, ni López, sino Jeff Weise.

Tampoco era originario de Afganistán, ni de Irak, ni de Irán o de Corea del Norte, sino de Estados Unidos. No había permanecido oculto en ninguna remota cueva de Tora Bora, ni en un inexpugnable refugio de Bagdad o Damasco. Jeff asistía a una escuela secundaria de Red Lake. No profesaba la religión musulmana, ni la ortodoxa, ni la hinduista, ni siquiera se dedicaba a los cultos satánicos. Jeff era feligrés de la Iglesia protestante. No era miembro de Al Qaeda, ni de la Jihad Islámica, ni del Frente Moro de Liberación filipino o Hamas, sino admirador de Adolf Hitler. No vestía babuchas, ni túnicas, ni se ponía turbantes. Jeff prefería los clásicos "jins" y la típica gorra con el emblema de los Timberwolves. No sintonizaba el canal de Al Yazeera, sino la CNN. No comía quipes, ni tipiles, ni dátiles, sino sanwichs y corn-flakes. Tampoco bebía té, sino cola. Y no usaba sandalias sino zapatillas "Converse". No celebraba el Ramadán, ni el año nuevo chino, sino el 4 de julio. No fue estudiante meritorio de ninguna madraza talibana o escuela coránica, sino de una simple y común escuela secundaria estadounidense y de un espacio online en Internet frecuentado por neo nazis.

No había peregrinado nunca a La Meca, ni se había bañado en el Ganges, ni había subido al monte en el que oró el profeta. Muy al contrario, Jeff solía ver por televisión los juegos de béisbol del equipo local mientras comía galletas Prezler.

Jeff tampoco fue detectado por ningún formulario verde de los que utiliza migración en Estados Unidos para prevenir las amenazas que temen de afuera y les llegan de adentro.

A los escolares que, cada cierto tiempo, compiten por ver quien asesina más compañeros de clase y profesores en escuelas e institutos de Estados Unidos, probablemente, Santa Claus les dejaba por Navidad uniformes de combate, rifles automáticos, pistolas de todos los calibres para que aprendieran a apuntar y a disparar. Y antes de que aprendieran a hablar ya habían tenido la oportunidad de ver en televisión toda clase de guerras, escaramuzas, batallas, combates, con sus correspondientes e intrépidos comandos que nunca retroceden y siempre llegan a tiempo de salvarnos. Con ocho años ya se maquillaban con pinturas de guerra para tender emboscadas a los perros y gatos de la vecindad. Sus habitaciones estaban decoradas con gigantescos afiches a todo color de Rambos de gélida mirada, ametralladora en mano, exhibiendo bíceps y pesadas cartucheras alrededor del desnudo y musculoso torso. Probablemente eran habituales consumidores de comics que ensalzan hazañas militares, o de revistas donde se trafican mercenarios, armas, guerras de alta y de baja intensidad. Probablemente se pasaban el día en bélicos videojuegos. A no dudar que, antes de salir con la primera novia, ya tenían claro que los enemigos deben ser exterminados, que existe un perverso eje del mal que amenaza su estilo de vida, que ciertas odiosas minorías han tomado las calles y ponen en peligro su natural supremacía blanca, que hay que actuar ya...

Y los padres de estos apenas destetados pistoleros tampoco entienden la conducta de sus hijos. Los habían educado con arreglo a los más sólidos valores patrios y familiares. Para protegerlos, por supuesto, les habían enseñado desde muy temprana edad a manejar armas y hasta algunos buenos trucos de defensa personal para que ningún otro niño fuera a abusar de ellos: “No permitan que les peguen”, les habían enseñado. También habían sido instruidos, como la mayoría de los niños, en su natural supremacía sobre las niñas, para que no fueran a tolerarle a ninguna que los desconsiderase o cometiera la equivocación de rechazarlos: “No permitan que les dejen” les habían enseñado.

Y como buenos estadounidenses también se habían preocupado porque los pequeños aprendieran a honrar país y bandera y a defenderse de toda clase de amenaza extranjera: “No permitan que los amenacen” les habían enseñado. Por si fuera poco siempre les habían celebrado sus cumpleaños, con sus imprescindibles velas, globos y cantos. También compartían con ellos el St. Thank Living Day y Halloween. Siempre habían cumplido con sus deberes ciudadanos votando una vez por los demócratas y otra por los republicanos, y habían respaldado la pena de muerte porque la sociedad debe protegerse de las hordas criminales.

Su encomiable y pedagógica labor tuvo su desenlace antes de tiempo, cuando sus hijos erraron el día y el disparo. Ahora no saben qué hacer. ¿Condecorarlos? No sería, tampoco, la primera vez. En 1998, el niño Adam Walter, enojado por quién sabe qué agravios padecidos en su escuela y que había decidido volar por los aires la escuela en general y su profesora de Ciencias en particular, fue descubierto a punto de realizar su sueño y condenado a 8 años de probatoria. Tal vez porque como aseguraba el abogado del niño “Walter es un buen chico, más allá de la histeria provocada por el incidente”, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos le ofreció una de sus mejores becas para ingresar a su academia una vez cumpliera el castigo.

Ni Jeff, ni Rudolph, ni Mc Veigh, ni Adam Walter, fueron detectados por los muchas agencias de información, centrales de inteligencia y formularios verdes que preservan la seguridad de los ciudadanos estadounidenses, porque sólo se aplican a ciudadanos extranjeros y, curiosamente, todos los citados asesinos que actuaban solos y al servicio de nadie eran ciudadanos estadounidenses y vivían en Estados Unidos. Tampoco los citados formularios detectaron en el pasado a los nazis alemanes que encontraron en Estados Unidos refugio, cargos y proyectos como el del Apolo y la NASA. Ningún formulario verde sorprendió nunca a un terrorista anticubano, entrando o saliendo de Miami.

Sólo el senador Edward Kennedy fue, hace pocos años, detenido en un aeropuerto estadounidense por sospecha de terrorismo, el tiempo que duró el error, además del revuelo que levantó en su día la inspección y registro del pasaporte del entonces candidato Obama, cuyo nombre y apellidos despertaron sospechas y que costó el empleo a tres funcionarios acusados de “curiosidad imprudente”.

Hace algún tiempo, el periódico Rebelión publicó un valioso artículo de Robert Jensen, profesor de periodismo de la universidad de Texas, sobre el escaso juicio de la sociedad estadounidense, sus trastornos narcisistas y las secuelas que semejantes anomalías provocan.

Y en apoyo a su bien documentada tesis, el autor recogía algunos puntuales ejemplos en las personas del propio presidente y otros altos funcionarios del gobierno, tanto en relación a sus palabras como a sus actos, y con el agravante de que siguen diciendo y haciendo los mismos trágicos dislates.

Cuando lo leí, recordé un estudio efectuado por la Conferencia de la Casa Blanca sobre Salud Mental publicado en 1999 y que recogía alrededor de 3 mil investigaciones, cuya conclusión no dejaba lugar a duda alguna: uno de cada cinco estadounidenses padecía trastornos mentales. Junto a ese dato, otro más llamó mi atención: las enfermedades mentales eran la segunda causa de muerte en Estados Unidos.

El estudio, al que por su origen parecía obligado conferirle cierto rigor, no aclaraba cuál era el índice de mortalidad que provocaban esos trastornos mentales fuera de los Estados Unidos, aunque la “locura” estadounidense, sospecho, debe ser, no la segunda, sino la principal causa de muerte, directa o indirectamente, en América Latina, Asia y África.

En cualquier caso, alarma saber que, según esos análisis efectuados por la propia Casa Blanca, a los que habría que sumar el certero diagnóstico psiquiátrico de Robert Jensen, veinte de los cien senadores que, aproximadamente, tiene Estados Unidos padecen problemas mentales; y que 100 congresistas de los alrededor de 500 con que cuenta aquel parlamento están mal de la cabeza. Enfermos mentales a los que habría que sumar su 20 por ciento de militares orates, jueces enajenados, alcaldes lunáticos, embajadores idos, funcionarios chalados y banqueros vesánicos, en mayor o menor grado, para no mencionar la clase artística y religiosa.

Dolencias mentales que casi siempre tienen su acomodo en el bolsillo y que, también explican el porqué de tantos niños pistoleros en las escuelas ametrallando maestros y compañeros; o el trastorno obsesivo-compulsivo que ha mantenido el bloqueo a Cuba durante tantos años; o los constantes errores y daños colaterales provocados por la esquizofrenia militar estadounidense y la demencial ambición de sus gerentes.

La preocupación de los gobiernos estadounidenses por la salud en general, y la mental en particular, suele ser inversamente proporcional a su interés por la “vida”, lo que da lugar a curiosas contradicciones como, por ejemplo, que a un condenado a muerte, antes de ejecutarlo, se le niegue su última voluntad ya que el penal prohíbe fumar para preservar la salud de los reclusos.

El propio Donald Rumsfeld reconoció en rueda de prensa su preocupación por la salud de los 500 secuestrados en Guantánamo hasta el punto de admitir que se les cubrían las orejas “para que no les molestara el ruido del despegue y aterrizaje de los aviones de la base”, que se les tapaban los ojos “para que no se deprimieran con lo que veían” y que se les encadenaban los pies “para evitar que fueran a tropezarse”.

Y es que desde pretéritos tiempos, la salud de los contribuyentes ha sido una de las primeras preocupaciones del gobierno estadounidense. Eso de que “los ciudadanos de los Estados Unidos merecen tanta protección como los de la antigua Roma”, antes y después de que el senador Shortdridge, en 1928, lo hiciera público, al margen de las imperiales alusiones pronunciadas en el senado del Imperio, dejaba para una segunda lectura los acápites relacionados con los ciudadanos patricios y los ciudadanos plebeyos, de los que los cementerios y las cárceles de los Estados Unidos son generosos y surtidos ejemplos. De hecho, rescatar patricios siempre fue un buen pretexto para invadir naciones y ha creado en el Caribe, desde entonces, cierto predispuesto temor a la visita de cualquier turista rescatable.

De donde los marines no pudieron rescatar plebeyos fue de Nueva Orleans...y hay quien dice que, precisamente, por plebeyos. De hecho, la catástrofe de Nueva Orleans, que provocó más muertos que el derrumbe de las torres gemelas de Nueva York, es lo más parecido a una crónica amable de eso que en Estados Unidos y Europa llaman despectivamente “repúblicas bananeras”.

Entre otros aspectos, diez graves circunstancias respaldaban la semejanza:

- 1.- A pesar de saberse la trayectoria y dirección de la tormenta Katrina desde siete días antes, sólo a última hora comenzaron a activarse los mecanismos de seguridad y socorro.
- 2.-Sólo fueron trasladados los ciudadanos que pudieron costearse su salvación, que pudieron pagar su socorro.
- 3.-Los guardias nacionales encargados de preservar las vidas en las ciudades y comarcas inundadas, no estaban en ese servicio, sino empleados en otros afanes y oficios, a 12 mil kilómetros de distancia, en Iraq.
- 4.- Buena parte del material de socorro que debió servir para resguardar la vida de la población amenazada por la tormenta, ya transformada en huracán, tampoco estaba donde debía sino en Iraq.
- 5.-No había habilitados refugios en condiciones ni dotados de comida, linternas, mantas o agua potable.
- 6.-La población más pobre y más negra fue la más perjudicada y la que más muertos y desaparecidos aportó a la tragedia.
- 7.-Turbas armadas asaltaron algunos supermercados y policías provocaron más víctimas disparando sobre alborotadores y personas desesperadas.
- 8.-A las zonas de desastre llegaron antes los periodistas que los médicos y las cámaras de televisión antes que los botiquines.

9.- Todavía se ignora el número de muertos y desaparecidos.

10.- El presidente estaba de vacaciones.

Lejos estaba yo entonces de imaginar hasta qué punto iban a seguir apareciendo sangrantes coincidencias entre la administración estadounidense y una vulgar y bananera república, pero tres años más tarde nos enterábamos de que parte de los ridículos mil millones de dólares que el Gobierno de Estados Unidos destinó como ayuda para las víctimas de los huracanes Katrina y Rita, fueron gastados en vacaciones en República Dominicana y Hawai y en otras festivas actividades, no precisamente de emergencia.

Los cálculos de la Oficina de Contabilidad de la Casa Blanca indican que las malversaciones de fondos alcanzan más del 16 por ciento del total de la ayuda.

Sobre los gastos en República Dominicana no hay detalles, pero se supone que fueron hechos en hoteles y playas del Este.

Según la auditoría, los usos irregulares de esos fondos incluyen a un hombre que utilizó el dinero para cambiarse de sexo y un funcionario que compró una botella de champán de US\$200 en un club de "strip-tease". Otra empleada, gastó US\$300 en vídeos pornográficos. Otro funcionario habría gastado miles de dólares para pagar los servicios de un caro y efectivo abogado en un proceso de divorcio.

El diario digital Rebelión publicó que entre las personas que solicitaron ayuda a la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias (Fema), algunas usaron direcciones falsas, incluyendo una que resultó ser un cementerio de Nueva Orleans.

Otras personas utilizaron el dinero para adquirir entradas para el fútbol americano, irse de vacaciones al Caribe o comprar joyas. Quien se decidió por conocer Hawai se pasó 70 días en un hotel de aquel centro turístico.

Rumsfeld, Shortridge, George Bush, no han sido los únicos patricios estadounidenses preocupados por la salud mental de sus ciudadanos. De hecho, pocos terapeutas mostraron más inquietud e interés por defenderla que Al Capone cuando disertaba en las universidades, en olor de multitud: "América debe permanecer incólume e incorrupta. Debemos proteger a los obreros de la prensa roja y de la perfidia roja y cuidar de que sus mentes se mantengan sanas."

Y por la mente sana de la infancia y su inocencia se preocupaba John Ashcroft, secretario de Justicia, cuando declaraba: "Hay que preservar la inocencia de América", tras el descubrimiento en Texas, a finales del siglo pasado, de una red dedicada a la pornografía infantil. "El recurso máspreciado de nuestra nación son los niños", insistía el ministro que, tal vez, aún no sabía, que los menores que aparecían en los vídeos mientras eran violados, eran niños rusos, indonesios y filipinos, y los únicos estadounidenses implicados eran los 250 mil suscriptores adultos que adquirirían los vídeos y el matrimonio que había montado el negocio.

Numerosos han sido los casos entre los inquilinos de la Casa Blanca de demencia senil, así fuera responsable la genética o la cocaína. Lo de Ronald Reagan, posiblemente, era genético o, tal vez, la más viva expresión del típico humor estadounidense: "Hemos intervenido en Granada porque ese país es el principal productor de nuez moscada; porque está próximo a celebrarse en Estados Unidos el día de Acción de Gracias; porque ese día manda la tradición familiar comer pavo; porque el pavo se hornea con nuez moscada; y porque no podíamos permitir que la nuez moscada acabara en manos de los comunistas".

Nunca se supo la verdad, si era cierto que el presidente tenía algo más que un ninfoma en la nariz o si era la sociedad estadounidense la que realmente padecía el cáncer.

Las siguientes intervenciones de Reagan confirmaron las dos posibilidades: "Conciudadanos, tengo el gusto de informarles que he firmado una ley que prohíbe a Rusia para siempre. El bombardeo empieza en cinco minutos."

El anuncio hecho por radio a la nación en agosto de 1984 dejó al mundo sin habla, especialmente, a los rusos.

No por casualidad la sociedad estadounidense apunta tantos rasgos paranoicos, dentro y fuera de la Casa Blanca y el Pentágono. La historia de su vida es la historia de un amor truncado, de una infeliz

traición, de un enemigo nuevo que constituye la última amenaza declarada a su seguridad y del que deben defenderse. Para encontrarlo sólo deben repasar su nómina de viejos amigos y socios.

Lo extraño es que una sociedad tan paranoica como la estadounidense, registre al mismo tiempo tantas muestras de patética ingenuidad.

Y eso nos lleva a otra de las urgencias más sobresalientes de los Estados Unidos.

Necesita criticidad, neuronas...

Una sociedad que se creyó, por ejemplo, que su ex presidente George Bush, un reconocido alcohólico y cocainómano, estuvo a punto de morir atragantado con una galleta Prezzler por no llevarse del consejo de su mamá de masticar bien la galleta, según confesó él mismo a los medios de comunicación, cuando todavía mostraba su rostro visibles muestras del golpe que se dio al desplomarse contra el suelo, absolutamente ebrio, está en condiciones de creerse cualquier cosa.

Imposible olvidar la compungida declaración del dueño de la agencia de pilotos de Miami que entrenara en el manejo de aviones a los terroristas que se estrellaron contra las Torres Gemelas, mientras lloraba y lamentaba no haber entrado en sospechas con sus clientes cuando estos le manifestaron no tener interés alguno en aprender a aterrizar.

Por más que los medios de comunicación ayuden a aumentar la credibilidad de los embustes, hace falta un candor a prueba de sentidos para dar crédito a tantas insólitas patrañas como las urdidas por todos sus gobiernos.

George W. Bush, por ejemplo, mintió para eludir el servicio militar en Vietnam, mintió para alcanzar la presidencia, mintió el 11 de septiembre, mintió en relación a la catástrofe que provocara su gestión en Nueva Orleans, mintió cuando aseguró la existencia de armas de destrucción masiva en Iraq, mintió cuando afirmó tener pruebas de la vinculación de Sadam con Al Qaeda; mintió cuando aseguró tener constancia de que la bombardeada fábrica de fármacos de Sudán era un almacén de armas químicas, mintió cuando negó no estar utilizando fósforo blanco en Iraq y, una vez descubierto, volvió a mentir cuando confirmó que sólo se utilizaba contra los "enemigos"; mintió cuando negó la existencia de torturas a cargo de sus hombres en Iraq, Afganistán y Guantánamo; mintió cuando rechazó tener nada que ver con secuestros de personas, vuelos secretos y cárceles secretas; mintió cuando afirmó que el espionaje del correo de sus ciudadanos contaba con el visto bueno de su propio Congreso, mintió cuando comprometió el retiro de sus tropas de Iraq tras la primera pantomima electoral llevada a cabo en ese país... hasta el pavo con el que posó para la posteridad tras su primera visita a la Iraq invadida un Día de Acción de Gracias, resultó ser de plástico.

Desde el "léanme los labios" de George Bush I, al desmentido de la "relación impropia" de Bill Clinton ante todo el país, pasando por George Bush II, la edición de tantas presidenciales mentiras, dado su volumen, resultaría impublicable.

Obviamente, Estados Unidos, necesita psiquiatras que trabajen esa doble patología de la mentira y la credulidad extremas, patología que puede resultar demoledora en una sociedad tan narcisista.

Ese creerse centro del universo que les permite a sus soldados estar exentos de responder ante tribunales internacionales o justicias que no sean la propia; que hace que a su campeonato nacional de baloncesto lo llamen "Serie Mundial" y, en consecuencia, "campeones mundiales" a los ganadores; que celebran el "Juego de Estrellas"; que buscando nombres para sus equipos deportivos encontraron los Astros de Houston, el Cosmos de Nueva York, los Gigantes de San Francisco, los Supersónicos de Seattle o los Reyes de Sacramento; esa sociedad que siempre ha buscado en la apariencia el reflejo de su espejo; capaz de ejecutar a menores de edad y retrasados mentales y dar clases de ética y moral; que todo lo reduce al oro, incluyendo el tiempo; que derrocha la luz para evitar mirarse y se vanagloria de su infame despilfarro como expresión del desarrollo que no paga; que siendo el país más endeudado del mundo dicta las pautas económicas al resto, requiere la urgente solidaridad de las demás naciones que hagan llegar a los Estados Unidos todos los psiquiatras disponibles.

La locura explica su razón, como la mentira confiesa su verdad, y la verdad y la razón son, precisamente, dos de los conceptos más vapuleados por los gobiernos estadounidenses.

Más de cien acuerdos firmados entre los presidentes estadounidenses con los jefes indios fueron vulnerados por los “casacas azules”, más de cien palabras empeñadas fueron rotas por los representantes de Estados Unidos, sin que ello fuera obstáculo moral alguno para que la “verdad”, como concepto, se haya convertido en el mejor recurso publicitario de sus presidentes.

“Y la verdad os hará libres” repite la cita bíblica un enorme letrero colgado en la oficina principal del FBI. A muchos en Estados Unidos, además de libres, los ha hecho millonarios. El ex vicepresidente Dick Cheney es uno de ellos. Mientras en Iraq los soldados perdían la vida, las familias perdían la paz, los niños perdían la inocencia, los periodistas perdían el respeto, los tribunales perdían el decoro, los gobiernos perdían la vergüenza, los ciudadanos perdían la memoria... Dick Cheney, alborozado, anunciaba al mundo estar ganando la guerra. Eso sí, ganaba la guerra que perdía y, sobre todo, ganaba el más lucrativo negocio que deja la guerra: la reconstrucción. Tan jugosa como interminable. Tan espléndida como imposible.

Necesita funcionarios, presidentes, electores...

Estados Unidos necesita más y mejores funcionarios, senadores, presidentes, obviamente, distintos a los ejemplares en uso. No siendo un régimen dictatorial no hay razón para que, a lo largo de su historia, todos sus presidentes hayan sido clones, matices de color al margen, de un mismo y omnipresente poder. Inexplicable en una democracia esa permanente recurrencia al mismo impresentable, así vaya por la vida de patán, toque el saxo o vista de negro.

También les urge encontrar votantes que todavía confíen en la razón de su voto y en el ejercicio de su derecho, antes de que se reduzca aún más su porcentaje, inferior, desde hace muchos años, al 50 por ciento.

Y oportuno sería que, mejor que votantes, tuviera electores, ciudadanos que, además de votar, pudieran elegir. Y hasta un sistema electoral algo más democrático que, por ejemplo, hiciera válido el principio: una persona, un voto, para no referirme a la necesidad de corregir los fraudes electorales y no seguir honrando delincuentes por más familia presidencial que sean, gobiernen en la Florida o vivan en Ohio.

Al margen de que ningún pueblo tiene la exclusiva de sus defectos ni la franquicia de sus virtudes y de que, en cualquier acento, vamos a encontrar en parecida proporción genios e idiotas, tres rasgos sobresalen en la sociedad estadounidense que, nunca para bien, determinan sus políticas internas y sus relaciones con otros países: la ignorancia que padece esa sociedad en todos los órdenes; una ingenuidad que no tolera el pensamiento propio y que huye de la criticidad más elemental; y una arrogancia que agrega a su natural culpa el peligro de la compañía cuando se manifiesta de la mano de la ingenuidad y la ignorancia. Tres rasgos, por otra parte, que delatan tres carencias: sabiduría, inteligencia y humildad.

Tal vez por ello, con los presidentes y altos funcionarios estadounidenses no hay que esperar a que sus actos desmientan sus palabras para poner al descubierto sus vergüenzas, que ya en el discurso se acusa la culpa. La combinación de esos tres rasgos, con frecuencia, anticipa la infamia, la anuncia, la celebra.

Y a las pruebas me remito. A lo largo de la historia, los presidentes y altos funcionarios estadounidenses han definido con inmejorable precisión todos esos grandes valores y conceptos en los que excusan sus desmanes. Sin otro disimulo que no sea su infinita hipocresía, han ido salpicando a través de los años esas cuantas virtudes que todavía creemos inobjectables, con la ignorancia de quien nada aprende, la ingenuidad de quien todo cree saberlo, y la arrogancia de quien, para su desgracia y la nuestra, casi siempre termina por hacer su voluntad.

Sobre el concepto “democracia”, secular excusa a la que los Estados Unidos ha recurrido para encubrir sus mercuriales propósitos, nadie se ha expresado con tanto rigor como el incombustible funcionario y Nobel de la Paz Henry Kissinger, refiriéndose al gobierno de Salvador Allende en Chile en 1973 en cita a la que hacía referencia anteriormente: “No veo por qué tendríamos que quedarnos de brazos cruzados contemplando como un país se hace comunista debido a la irresponsabilidad de su pueblo”. En todo caso, el antecedente de Peurifoy, embajador en Guatemala, que, con veinte años de anticipo, vino a dar la misma respuesta ante la victoria en las urnas de

Jacobo Arbenz: “No podemos permitir que se establezca una república soviética desde Texas hasta el Canal de Panamá”.

Y tampoco han podido permitir que durante medio siglo, la comunidad internacional, opuesta al infame bloqueo a Cuba, con excepción de alguna isla de la Polinesia, hiciera efectiva su voluntad. La democracia tiene sus límites y las Naciones Unidas sus consejos de seguridad.

Algunos altos funcionarios han recurrido, incluso, a la poesía para mejor describir sus amenazas, en literarios gestos poco habituales en las memorias de la infamia. El embajador de los Estados Unidos en Brasil, Lincoln Gordon, disconforme con la reforma agraria que el presidente Joao Goulart pretendía sacar adelante en 1964, anticipó el golpe de Estado con este apunte meteorológico: “Nubes sombrías se ciernen sobre nuestros intereses económicos en Brasil...”. Apenas un año más tarde ya había escampado. En un gesto más lacónico pero no menos elocuente, por la misma época, el gobierno de los Estados Unidos regalaba, en señal de afecto, al electo presidente dominicano Juan Bosch... una ambulancia. No pasó un año sin que el donativo explicara su urgencia.

De preocupaciones parecidas ante las que nunca los Estados Unidos se cruzaron de brazos, tienen surtida memoria todos los pueblos del planeta. Algunos acumulan hasta varias experiencias, y hay quienes tampoco terminan de pagarlas. “Ese es el costo que tiene la libertad” había explicado Richard Nixon al intensificar los bombardeos sobre Vietnam o el mismo Obama al enviar más tropas a Afganistán. Antes, también lo había explicado Harry Truman, en un perfecto ejercicio de cinismo: “La libertad es el derecho de escoger a las personas que tendrán la obligación de limitárnosla”. Tal vez por ello, porque era su obligación, es que en la lápida de quien diera la orden de arrojar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945 con el fin de “evitar víctimas entre la población civil”, puede leerse: “Hizo lo que debía”.

Los estadounidenses también votan lo que deben. De hecho, nadie vota más que ellos, votan por el mejor beisbolista del año, por el mejor actor, por la mejor película, por la miss más atractiva, votan por la gobernación de California entre un actor mediocre, una vedette, un luchador de sumo, un enano de circo y un editor porno; votan por el pavo que el presidente indultará en el “thanksgiving day” y hasta es fama que los periodistas votaron porque el perro de Bill Clinton se llamara Buddy... pero nadie elige menos que los estadounidenses.

Cuando George Washington, a finales del siglo 18, afirmó: “El gobierno no es una razón, tampoco es elocuencia, es fuerza. Opera como el fuego; es un sirviente peligroso y un amo temible; en ningún momento se debe permitir que manos irresponsables lo controlen” tal vez no se estaba refiriendo a Chile, a Guatemala, a Brasil, a República Dominicana, a Cuba o a tantas otras patrias americanas, pero como bien apuntara James Monroe en 1823, con su célebre “América para los americanos”, otros detrás de él se ocuparían de definir ambos conceptos y prolongar más allá de América los límites de la ambición.

Una de las mejores definiciones del nuevo concepto lo resumió admirablemente Charles Wilson, quien fuera ministro de Defensa y ejecutivo de la General Motors, cuando en 1953 sentenció: “Lo que es bueno para la General Motors es bueno para América”. Obviamente, no se refería a la reciente quiebra que ha obligado a la administración estadounidense a nacionalizar la empresa pero, cincuenta años más tarde de aquella sentencia, el ex vicepresidente estadounidense Dick Cheney, diría lo mismo. A fin de cuentas, lo que es bueno para Halliburton es bueno para América... y para Dick Cheney.

En el logro de los nobles principios que mueven a los Estados Unidos, no podía faltar la idea de Dios, invocada desde 1789 y reiterada a través de los siglos en boca de todos los presidentes.

George Bush, impenitente lector del Eclesiastés, aludía al Supremo horas antes de la penúltima invasión a Iraq: “Sé que venceremos por el apoyo del pueblo estadounidense armado de la confianza de Dios. Que Dios bendiga a los EU de Norteamérica”.

Sin embargo, no obstante el amplísimo surtido de divinas referencias con que cuenta el inventario y los progresos que el ex presidente George W. Bush hizo con respecto a su padre, hasta el punto de hablar directamente con Dios y buscar su alianza en su agresión a Cuba, “un día, el buen Dios se llevará a Fidel”, pocos presidentes estadounidenses han llegado a mantener una relación con Dios más intensa, para no decir fundamentalista, que el presidente William McKinley, a principios del

siglo pasado: “Yo caminaba por la Casa Blanca, noche tras noche, hasta medianoche; y no siento vergüenza al reconocer que más de una noche he caído de rodillas y he suplicado luz y guía al Dios Todopoderoso. Y una noche, tarde, recibí Su orientación, no sé cómo, pero la recibí: primero, que no debemos devolver las Filipinas a España, lo que sería cobarde y deshonesto; segundo, que no debemos entregarlas a Francia ni a Alemania, nuestros rivales comerciales en el oriente, lo que sería indigno y mal negocio; tercero, que no debemos dejárselas a los filipinos, que no están preparados para auto-gobernarse y pronto sufrirían peor desorden y anarquía que en tiempos de España; y cuarto, que no tenemos más alternativa que recoger a todos los filipinos y educarlos y elevarlos y civilizarlos y cristianizarlos, y por la gracia de Dios hacer todo lo que podamos por ellos, como prójimos por quienes Cristo también murió. Y entonces, volví a la cama y dormí profundamente”.

Además de ser el pueblo elegido de Dios (con permiso de Israel), también cuentan para su gloria con la encomienda del mundo en la garantía de la paz. La defensa del orden internacional y de la paz mundial la llevan a efecto por encima, incluso, de sus defendidos. “Como americanos sabemos que hay veces en que debemos dar un paso al frente y aceptar nuestra responsabilidad de dirigir al mundo, lejos del caos oscuro de los dictadores. Somos la única nación en este planeta capaz de aglutinar a las fuerzas de la paz”. Lo decía George Bush antes de invadir Iraq en los 90.

En relación al terrorismo” Delano Roosevelt sentó cátedra con su definición del problema, cuando periodistas le cuestionaban por los crímenes de Somoza en Nicaragua: “Sí, Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”.

Esa es la razón por la que más de medio siglo después es puesto en libertad en Estados Unidos un terrorista como Posada Carriles, por citar un caso, mientras siguen condenados a cadena perpetua los cinco cubanos acusados de prevenir el terror.

El concepto de paz que manejan los Estados Unidos resulta tan belicoso que casi es preferible que te hagan la guerra a que te traigan la paz.

George Bush, la anhelaba la víspera de iniciar los bombardeos sobre Iraq: “Como ya he dicho a menudo, nosotros no deseábamos la guerra, pero todos conocemos ese versículo del Eclesiastés que dice que hay un tiempo para la paz y un tiempo para la guerra”. A Bush, naturalmente, le correspondía la gracia de decidir el tiempo.

Entre las muchas citas posibles en relación a la paz y a pesar de los aportes de la familia Bush, me quedo con estas tres: “Ningún triunfo es tan grandioso como el supremo triunfo de la guerra” del premio Nobel de la paz y presidente estadounidense Teddy D.Roosevelt, autor, también, de otra célebre joya al respecto: “speak softly and carry a big stick” (habla con suavidad y porta un buen garrote); y la más reciente, del ex secretario de Defensa, Donald Rumsfeld: “Mejor que una palabra es esgrimir una palabra y un revólver”, versión moderna de la cita anterior.

Estados Unidos es, obviamente, el país más necesitado del mundo. Necesita médicos nigerianos y gente inteligente, como apuntara Bill Gates. Necesita más consumidores, más vehículos, más drogas, más armas, más televisores, más patatas fritas, más medallas, más píldoras contra el insomnio, más petróleo, más agua, más muros, más estadísticas. Necesita más guionistas, más producciones y anuncios publicitarios, más cárceles clandestinas, más sodas, más teléfonos, más sectas, más rascacielos, más estrellas, más analgésicos, más récords, más ordenadores, más moscas. Necesita más mapas, más pavos, más torturadores, más aplausos, más eufemismos, más hormonas, más dólares, más gimnasios, más secretarías de disculpas, más Oscars, más cartón, más prestidigitadores, más ventrílocuos, más oráculos, más pitonisas, más pandemias, más mitos, más penas de muerte.

Y urge más sabiduría, más inteligencia, más humildad. Y se siguen necesitando más presidentes, más senadores, más funcionarios, más psiquiatras, más hijos de puta.

Necesita inmigrantes...

Claro que tampoco entonces terminarían las carencias de los Estados Unidos porque, contradiciendo al propio Bill Gates que no parece ser de la opinión de que Estados Unidos necesite gente torpe, bruta, tosca, poco o nada inteligente, Estados Unidos va a seguir precisando inmigrantes que siembren, que construyan, que transporten, que escarben, que cocinen, que frieguen, que levanten,

que laven, que conduzcan, que limpien, que barran, que combatan y mueran por el país en sus múltiples y humanitarias guerras, aunque ni siquiera ello les permita ganarse el derecho a considerarse ciudadanos del país más pobre y necesitado del mundo.

***Bibliografía: Memorias del Fuego de Eduardo Galeano y Cronopiando (Koldo)***